



Charanga «LOS INCANSABLES» en 1929, una de las de mayor solera renteriana. En la foto, Salustiano, Larreta, E. Goñi y Narvarte, de pie, Sabin Olascoaga, Camacho y Gallo, sentados y en el suelo, los «mukitsus» Julio Gil y Javier Olascoaga.

## ***las charangas de la banda***

José M. Landache

Erase una época en la que no todo eran días de vino y rosas.

Erase un tiempo en el que, teniendo como precedente a «Los incansables», la necesidad, impulsó a grupos de música a salir de Rentería para amenizar las fiestas patronales de barrios y pueblos.

Aunque bien mereciera la pena, no haré crónica. Me conformaré aquí con recordar ambientes y sucesos dignos, a mi juicio, de figurar en la «petite histoire».

Año 1941 y siguientes. Años de hambre. Hacía poco que habían callado las armas. Salario diario de un oficial de primera, diez pesetas.

El azar lleva a un grupo de músicos de la Banda a amenizar (como se decía entonces) las fiestas de Arano, en el Antiguo Reino.

Posteriormente, bien porque personas conocidas llamaban o porque se ofrecían los servicios (sin necesidad de marketing, ni de directores comerciales) las «charan-

gas» actuaron en Arano, Irurita, Yanci, Arizcun, Sumbilla, Urdiain, Ciordia, Goizueta, Asteasu, Oñate, Hernani y un largo etcétera que llegaba hasta Dueñas, en tierras palentinas.

Se comía, generalmente, bien. Se bebía, generalmente, idem. Y, se incrementaba el presupuesto familiar con cincuenta pesetas diarias (que con el tiempo llegarían a ser seiscientas o más).

Además, uno podía traerse la caja del instrumento llena de alubias y chorizos para reforzar la dieta familiar.

Hubo, incluso, quien en cierto pueblo compró diez cochinitos y después de introducirlos fraudulentamente bajo los asientos de madera del vagón de tercera, durante el trayecto, se le escapó uno del saco en el que viajaba.

El muy de su especie obligó a los músicos y viajeros a organizar un peligroso «safari» pródigo en gruñidos, exclamaciones, pálpitos y carreras.

Bastantes eran los músicos que tenían sus «chapuzas». Sin embargo existieron dos grupos que hasta ostentaban nombre propio: «Los gavilanes» y el «Grupo Oarso».

Cada una de estas «charangas» estaba compuesta por un grupo de, más o menos, diez personas: clarinete, saxofones altos y baritonos, trompetas, bajo, batería y un acordeón.

Resultaba difícil reunir el grupo ya que los días de «chapuza» fuera de casa se descontaban de los días de vacación en la fábrica. Se tomaban dos días de fiesta para ir a un pueblo, tres para otro, y, así hasta acabar con las «vacaciones». En algún caso, el listero iba apuntando las horas «extras» laborables y, a cambio de no cobrarlas, se trocaban por más días de «vacación».

Por esta razón, las «charangas» fueron convirtiéndose en quintetos y finalmente en tríos.

La indumentaria también evolucionó desde la ropa «de calle» al uniforme, consistente, en un caso, en pantalones blancos y chaqueta azul «eléctrico».

También el repertorio se hizo más completo. Por aquella época se tocaban pasodobles, valsos, foxes y, sobre todo, boleros.

Un año, un pueblo cuyo nombre no citaré, contrató una «charanga». Sólo se pudo reunir un grupo de cuatro o cinco músicos y un repertorio muy exiguo. Resultó tan pobre que no los molieron a palos porque las buenas gentes eran demasiado buenas.

Al año siguiente el «jefe de la banda» habló, para actuar de nuevo, con el secretario del ayuntamiento, que, a su vez habló con el alcalde. La contestación fue tajante: «No queremos saber nada con los de Rentería». Sin embargo, el renteriano fue tan brillante como osado: «Nosotros actuamos y, si no les gusta, no nos pagan». Les gustó, les pagaron y siguieron animando el festejo durante los diez años siguientes.

La marca, en cuanto a contratación se refiere, resultó ser de veintiun años la misma «charanga» en el mismo pueblo.

Se les llamaba y, como he dicho más arriba, generalmente se trataba a los músicos muy bien.

Como meros detalles de tratamiento citaré: el suministro de una botella de coñac por noche para combatir, además del reuma, el fresquete proveniente de la serranía de Urbasa y el cochinitillo asado del último día de la fiesta que servía de coronación a la succulenta comida.

También los músicos se tomaban ciertas licencias.

Había uno aficionado a los huevos crudos y cuando, de noche, bajaba a la cuadra de la casa en la que estaba alojado para hacer «aguas menores» aprovechaba el viaje para sorber uno o dos.

En el orden gastronómico, también ocurrían cosas bastante chuscas dignas del mejor humor negro.

Así aquel día en el que en el menú figuraba un revuelto de setas.

El anfitrión, con la llaneza y socarronería propia de los pueblos rurales aseguró a los músicos: «Comer, comer y no os apureis que el entierro lo teneis seguro». Luego, resultó ser el sepulturero.

Junto con las corcheas, semicorcheas, blancas, negras, redondas, etc., también solían introducirse problemas socio-político-religiosos.

En cierto pueblo del Baztán, en el Antiguo Reino, era costumbre voltear las campanas de la iglesia al inicio de las fiestas para alegrar los corazones e invitar al mocerío de los pueblos vecinos.

Aquel año, después de una explosiva polémica que llegó hasta las más altas instancias del Gobierno Civil, los mozos ganaron por K.O. técnico al reverendo de la parroquia y se ganaron el derecho de bailar «al agarrado». (Para los profanos, diré que lo usual era bailar «al suelto» y «al agarrado»).

Cuando llegaron las fiestas, el señor párroco ordenó tocar las campanas pero... doblando a muerto.

Y la «charanga» de Rentería fue la primera celestina que introdujo la corrupción moral que suponía bailar con las rozagantes mozas enlazándolas por la cintura. Eso sí, bajo la atenta supervisión de la benemérita que velaba por el cumplimiento estricto de los horarios señalados por la superioridad.

La «animación» de la «charanga» se iniciaba con la diana mañanera.

En un lugar se llevaba la cosa con tal severidad que los mozos pasaban lista y los faltantes pagaban al resto una botella de anís «Las cadenas». Una botella «por barba» no era demasiada penitencia... y con algo había que iniciar el desayuno.

Al mediodía se daba un «concierto» en el tablado o lo que se habilitaba al efecto.

Por la tarde se ejecutaba un «concierto de bailables» y, después de la cena, hasta la madrugada, otro.

Claro que, en algún pueblo de la «muga», la madrugada coincidía con las once de la noche. Así los mozos podían ponerse «el chaleco» y marcharse al monte para contrabandear. Los negocios eran, y siguen siendo eso... los negocios.

A veces, se intercalaba en este programa algún acto especial como el que mencionaré a continuación:

Recorrido por el pueblo, poco después de la siesta, con música alegre y brillante. Parada ante las casas de las mozas casaderas para recoger un donativo voluntario (casi siempre un duro) que también servía de prima de seguro para las aves del corral. La cantidad así recabada se invertía en una «bacalada» sólo para los mozos y los músicos a los que gentilmente invitaban.

Como no hay rosas sin espinas, no siempre eran tan considerados con quienes amenizaban las fiestas, aunque, cuando se podía, las respuestas solían ser contundentes.

Vayan algunos botones de muestra.

De antes de la guerra...

En cierto lugar dieron muy mal de comer a los músicos y éstos, la última noche dejaron marrones y olorosos recuerdos sobre las mesillas de la fonda en la que pernocaban. Al año siguiente, sin embargo, tuvieron suficientes bemoles y sostenidos como para tocar de nuevo en las fiestas del mismo pueblo. Las negociaciones se ha-

bían realizado al estilo de la alta diplomacia... por persona interpuesta.

De después...

En otro, cuna de un famoso campeón de lucha libre, el mocerío se puso a saltar sobre el propio tablado de los músicos mientras éstos tocaban. Entre unos labios lastimados por los instrumentos «de aire» y la guerra a palos se optó por correr el riesgo de ésta. Finalmente, los eufóricos mozos aceptaron que siguiera la música, mientras ellos, hacían «el oso» a una distancia prudencial.

Ibidem. Hicieron subir a los músicos (acordeonista incluido) a un carro, y, mientras los llevaban de aquí para allá, los artistas sopla que te sopla animaban la fiesta. El acongojado acordeonista se lamentaba: «Si nos vieran en Rentería...». Más tarde les hicieron subir a un alto y los jóvenes se llevaron la escalera para que no faltara la música hasta que dijeran basta.

A la hora de arreglar cuentas se reclamaron más pesetas. Pesetas que fueron abonadas más bien a desgana.

Como cosa propia de la tierra, hasta se le dedicaron «bertsos» a una «charanga».

El hecho ocurrió así.

A mi admirado Uzapide le hicieron «la petaca». No le gustó la broma. Y, como recelaba de que los «fautores» fueran los músicos, les dedicó en la tanda del día siguiente unos cuantos «bertsos». Los «agraviados», todo caballeros, le dijeron que ellos no habían sido pero que no descubrirían a los culpables. Como ellos no **las** descubrieron tampoco lo hago yo, aunque los pecadillos de aquella época quedaron prescritos, o, al menos, amnistiados.

No todo eran días de vino y rosas, pero ahora que los decibelios lo han invandido todo y casi no se baila «al agarrado» bueno es recordar los ratos alegres de aquella juventud que no volverá.